

FIESTAS BARROCAS Y VIDA COTIDIANA EN MINAS GERAIS

Laura de Mello e Souza
Universidad de São Paulo

Una sociedad aluvional y sus fiestas

La capitanía de Minas Gerais presenta una serie de peculiaridades en el contexto de la historia de la América portuguesa. Hasta 1694 fue un territorio vagamente conocido como parte de las zonas despobladas y agrestes de la villa de São Pablo; una región de colonización antigua y con una población ya bien sedimentada hacia fines del siglo XVII. Minas, que había sido recorrida por paulistas en busca de plata y de indios, en la década del 70, fue nuevamente frecuentada por habitantes de São Pablo que llegaban empeñados en el descubrimiento de esmeraldas. Éstos, comandados por Fernão Dias Pais, establecieron un sistema de puestos de víveres que, posteriormente, hizo posibles otras entradas. No se descubrieron esmeraldas, pero, entre 1694 y 1698, se encontró oro de aluvión en varios puntos de la región central del actual estado de Minas Gerais, donde hoy se sitúan las ciudades de Ouro Preto, Mariana y Sabará, en las nacientes del río Doce.

El descubrimiento del oro en Minas Gerais desplazó el eje económico del Imperio Portugués en el Atlántico Sur. Pernambuco y Bahía, las antiguas regiones azucareras, comenzaron a ver que los esclavos que llegaban para trabajar en las plantaciones de caña eran llevados hacia Minas, donde alcanzaban mejor precio. También los hombres libres, blancos o mestizos, abandonaban los puertos litoraleños y partían hacia Minas a la búsqueda de riqueza fácil. Del otro lado del Atlántico, en Portugal, el traslado de personas llegó a proporciones hasta entonces nunca vistas, ante lo cual las autoridades metropolitanas intentaron, por medio de medidas restrictivas, dificultar el desplazamiento poblacional hacia América.¹

¹ Cf. Laura de Mello e Souza e Maria Fernanda Baptista Bicalho, *1680-1720 - o império deste mundo*, São Paulo, Companhia das Letras, 2000.

Entre 1711 y 1715 se fundaron las primeras villas en el territorio de Minas. Ya entonces los fieles habían erigido capillas para los santos de su devoción y muchas de estas villas se originaron a partir de estos locales de culto. Desde los primeros tiempos la Virgen del Rosario fue una de las figuras principales del culto, seguida, en orden de importancia, por el Santísimo Sacramento, San Miguel y Almas del Purgatorio, la Virgen de la Merced, la Inmaculada Concepción, San Francisco de Asís, Santa Ana, el Jesús del Calvario, San Antonio, San Gonzalo García. La Virgen del Rosario, la de la Merced y San Gonzalo fomentaban devociones especialmente populares entre los negros. La temprana importancia que obtuvieron indica la presencia de las poblaciones de origen africano en el proceso de ocupación de Minas.²

El primer obispado de la región se creó en 1745 con sede en Mariana; pero ya hacia 1721 hay registros de visitas pastorales a Minas, realizadas por determinación del obispado de Río de Janeiro, al cual estaba subordinada la región desde el punto de vista eclesiástico. En lo que se refiere a la administración, Minas constituía una capitánía independiente desde 1720 cuando fue desmembrada de la capitánía de São Pablo.

Lo que en el litoral o en viejo centros como São Pablo de Piratininga se dio a lo largo de dos siglos -la invasión, la ocupación, el asentamiento de la gente, el surgimiento de los núcleos urbanos, de las cámaras, de la justicia real- en Minas no llevó más que algunas décadas. La sociedad que allí se formó tuvo las características de su congéneres, originadas en frentes pioneros y en regiones fronterizas ocupadas de un día para otro: tensa, violenta, arribista, inestable o, como han preferido más recientemente los estudiosos, aluvional³; carente de tradiciones y de memoria, tuvo que inventarlas a su manera. En un primer momento, las normas y las reglas fueron dejadas de lado y, así, hombres de color o mestizos pudieron integrar instituciones que, en principio, imponían restricciones racistas a su ingreso tales como las Cámaras, las Hermandades de hombres ricos y las Santas Casas de Misericordia. En un segundo momento, sin embargo, fue preciso recurrir a mecanismos que reforzaron las jerarquías y la estima social. En este sentido, si los primeros años parecían indicar la existencia de una sociedad abierta a la promoción social y el talento individual, a la manera de las sociedades de clases; los años subsecuentes retomaron principios propios de la sociedad de estados, características del mundo del Antiguo Régimen. En esta fase, fueron habituales los conflictos sobre cuestiones

² Caio Cesar Boschi, *Os leigos e o poder*, São Paulo, Ática, 1986, anexo 3, p. 187.

³ Marco Antonio Silveira, *O universo do indistinto*, São Paulo, Hucitec, 1997. Para una discusión aún no superada de la sociedad de Minas, Sérgio Buarque de Holanda, "Metais e Pedras Preciosas" in *Historia Geral da Civilização Brasileira*, vol. 2, São Paulo, 1960.

de precedencia de ceremonias públicas o cuestiones de jurisdicción entre magistrados y administradores. Textos literarios como las *Cartas Chilenas* - probablemente escritas por Tomás Antonio Gonzaga y Cláudio Manuel da Costa a mediados de la década de los 80 del siglo XVIII- criticaban el “descréxito de la formalidad”, expresado en el abandono de las cabelleras, en la costumbre de las mujeres de cruzar las piernas en público, en la tendencia de las autoridades de permitir que piezas musicales fuesen “mal ejecutadas en bocas de mulatos”.

Las fiestas aquí examinadas tuvieron un papel importante en el proceso de estructuración de esa sociedad y en la consolidación de los instrumentos de la autoridad y muestran, también, cómo las representaciones y los símbolos ofrecen nuevas perspectivas de lectura de los procesos sociales y políticos. Situadas entre el auge de la producción aurífera y el momento de franca decadencia, estas festividades difieren en el carácter pero se aproximan en el sentido: unas fueron de exaltación y alegres, ligadas a la práctica religiosa y a la institución eclesiástica; otras, de luto y tristes celebradas en memoria de príncipes y monarcas muertos. Son ellas la fiesta del Triunfo Eucarístico (1733), la del Áureo Trono Episcopal (1748), las exequias de Don João del Rei (1750-51), las exequias de Don João V. en Vila Rica (1751).⁴

El objetivo de esta reflexión no es, evidentemente, analizarlas en profundidad ni discutir la teorización compleja y fecunda que ha sido vehiculada en la bibliografía específica sobre el tema. Un estudio detenido de las fiestas obligaría a buscar otras fuentes además de los textos literarios aquí utilizados: fuentes más secas y “objetivas” -si es que las hay- como, por ejemplo, decretos municipales y documentación referente a gastos de las Cámaras. No obstante, creo que es posible, con base en el repertorio documental que se escogió, levantar algunas cuestiones generales referidas al papel que estas fiestas desempeñaron en la sociedad minera del siglo XVIII.

Fiestas del apogeo de la minería

El 24 de mayo de 1733 hubo en Vila Rica una festividad religiosa que retiró el Santísimo Sacramento de la Iglesia del Rosario, donde estaba provisionalmente, y lo condujo hacia la Iglesia del Pilar, matriz de la parroquia de Ouro Preto. El acontecimiento fue precedido por preparativos y luminarias que se prolongaron

⁴ Las fiestas del Triunfo Eucarístico y del Áureo Trono Episcopal fueron estudiadas por mí en *Desclasificados do ouro - a pobreza mineira no século XVIII*, Rio de Janeiro, Graal, 1982. El análisis que esbozo aquí, en lo que se refiere a estas dos fiestas, es ligeramente distinto del realizado años atrás.

durante varios días -en aquella sociedad, las fiestas siempre se hacían anunciar: Había que adornar las ventanas con colchas de seda de damasco, disponer arcos a lo largo de las calles, recoger flores que serían arrojadas cuando pasase la procesión; las riquísimas ropas de los participantes, los caballos enjaezados, las figuras alegóricas (los planetas, las ninfas, los dioses de la antigüedad clásica), todo relucía en los adornos de oro y plata, todo centelleaba en piedras preciosas, traduciendo la euforia de la sociedad minera, opulenta, desigual y arribista. Simão Ferreira Machado relata la fiesta en un texto ejemplar, el *Triunfo Eucarístico*, según afirma uno de su más importantes estudiosos "el primer documento de interés literario que reporta las manifestaciones de un estilo de vida barroco en la sociedad minera del siglo XVIII".⁵

El 28 de noviembre de 1748 se celebró la llegada a Minas Gerais de su primer obispo, que había sido elegido tres años antes y que demoró más de un año en recorrer el trayecto entre Maranhão, donde se encontraba, y la ciudad de Mariana, donde residía. El clima ya era otro y las autoridades intentaron evitar las festividades temiendo que ocasionaran gastos excesivos en una coyuntura donde el oro escaseaba cada vez más. A pesar de esto, hubo procesión y lujo, danzas y diversión en las calles, sin hablar de un interesante certamen literario del cual llegaron hasta nosotros varios poemas que, escritos por autores diferentes, alababan la figura del prelado, Don Fray Manuel da Cruz; me refiero al *Áureo Trono Episcopal* academia de circunstancia que, a diferencia de otras del período colonial, no fue concebida para durar más que el tiempo de la fiesta.⁶

Varios elementos de la fiesta del *Triunfo Eucarístico* estuvieron presentes en la recepción al Obispo: las casas adornadas con colchas, el piso cubierto con flores y arena coloreada, los bailes en la calle, la buena música; sin embargo, los ritos de la etiqueta se encontraban en esta oportunidad mucho más acentuados. El clero de São Pablo, de Río de Janeiro y de Maranhão se hizo representar en la fiesta por algunos de su personajes más destacados. Allá estuvo el oidor de la comarca cargando la cola del traje episcopal; también estuvieron el proveedor de la hacienda real y el intendente real de la hacienda sosteniendo, cada uno, los estribos del caballo que Don Fray Manuel da Cruz debía montar; estuvieron además los concejales de la cámara sosteniendo el palio debajo del cual, una vez montado, el obispo cabalgó por la ciudad.

⁵ Afonso Ávila, "Triunfo Eucarístico: uma festa barroca" in *Op.Cit.*, p. 113. Para el texto del *Triunfo*, ver Afonso Ávila, *Resíduos seiscentistas em Minas - textos do século do ouro e as projeções do mundo barroco*, 2 vols., Belo Horizonte, 1967, vol. 1.

⁶ Para el texto del *Áureo Trono*, ver Afonso Ávila, *Resíduos seiscentistas em Minas - textos do século do ouro e as projeções do mundo barroco*, 2 vols., Belo Horizonte, 1967, vol. 2.

En el mundo del Antiguo Régimen, la sociedad y la religión no constituyan instancias separadas. Una fiesta de cuño religioso podía al mismo tiempo exaltar al Santísimo Sacramento, al nuevo obispado y, por medio de ellos, al monarca cristiano que presidía todo, así como a sus súbditos obedientes y piadosos, de quienes se esperaba tanto respeto a la cosa pública como la observancia de la fe. Si las dos fiestas expresan la religiosidad de la población de Minas, bien barroca y casi siempre exacerbada, celebran también el apogeo de la minería e intentan detener los males provocados por su decadencia. La nobleza de la tierra sale a la calle, al lado de mulatitos que figuran ser indios o de negros que tocan instrumentos musicales. Blancos, indios y negros, son frutos de la colonización; ésta, a su vez, es fruto de la expansión marítima realizada por la monarquía portuguesa que, por medio de su hombres, penetró “ásperas y amplísimas regiones despobladas y agrestes, descubriendo y conduciendo siempre hacia el gremio de la Iglesia a nuevas y diferentes naciones de bárbara gentilidad”⁷

Los centros urbanos establecidos en el interior garantizaban la continuidad del proceso y en la festividad del *Triunfo Eucarístico*, el personaje principal era Ouro Petro, “barrio donde está situada la matriz y el nuevo templo, hacia el que se dirigía el traslado y la solemnidad”⁸ Estaba acompañada por paje, la figura de Ouro Petro vestía ropas de oro y llevaba en la cabeza un turbante “tan rico que no se veía en él más que oro y diamantes, rematado en un precioso penacho de varias plumas”. En el pecho llevaba bordadas las armas reales, “rematadas por unas letras que decían: Viva Ouro Petro”. En la mano derecha llevaba “una salva; dentro de ella, un montículo cubierto de hojuelas de oro y diamantes que significaba el Ouro Petro”.⁹

Las hermandades, que en la fiesta de 1733 salieron en desfile por las calles -tanto las de blancos ricos, como la del Santísimo Sacramento, la de pardos y negros, la de la capilla de San José o la del Rosario de los Negros- celebraban la armonía en que vivían los pueblos en los conglomerados urbanos y el celo con que cuidaban las cosas religiosas. “Viviendo tan apartados de la comunicación de los pueblos y en los más recóndito del interior agreste”, dice el texto del *Triunfo Eucarístico*, lo habitantes de Ouro Petro se dedicaban

⁷ Simão Ferreira Machado, “Prévia Alocutória”, in Afonso Ávila, *Resíduos seiscentistas em Minas*, vol. 1, p. 8.

⁸ Simão Ferreira Machado, “Triunfo Eucarístico”, in Afonso Ávila, *Resíduos seiscentistas em Minas*, vol. 1, p. 56.

⁹ Idem, p. 60.

“con tanto desvelo y con inimitable generosidad a festejar la Divina Majestad Sacramentada, para mayor exaltación de la Fe y veneración de los católicos”.¹⁰

El énfasis ritual dado a la recepción del Obispo en 1748 y el certamen literario retratan, por su parte una sociedad donde normas y límites ya se encontraban mejor establecidos pero en la que no obstante, precisaban ser reafirmados públicamente, sobre todo cuando se anunciaba una crisis económica.

Celebraciones de la monarquía distante

Igual que los festejos por nacimientos o casamientos, las exequias de reyes o infantes eran momentos de celebración de la monarquía: “murió el rey, viva el rey”, decía el refrán corriente en monarquías del Antiguo Régimen, como la de Francia, recordando que el Estado trascendía a la persona del gobernante. En la situación colonial tales momentos tenían un propósito particular: más allá de la celebración y del homenaje se invocaba una figura distante, en este caso el soberano que, de esta forma, era aproximado a sus súbditos.

Las exequias de Don João V, el rey de la fastuosidad barroca bajo cuyo reinado se descubrió Minas, fueron realizadas en diversas villas coloniales. Las de Minas no escaparon a la regla, como fue el caso de São João del Rei, entre fines de 1750 y comienzos de 1751. Primero, se quebraron los escudos de Portugal en las plazas principales; después, la Cámara ordenó celebrar exequias en la Iglesia matriz, donde el vicario pronunció una primera oración fúnebre; finalmente, después de 60 días de preparación, se realizó una ceremonia de mayor escala con otra oración del vicario Matias Antonio Salgado.

Todos los detalles de las “barroquísimas exequias”, como las calificó Alfonso Ávila -pionero de los estudios sobre el barroco en Minas-, tenían el objetivo de exaltar a la monarquía y suscitar sentimientos de luto y pesar entre los súbditos, suprimiendo, en escala simbólica, la distancia física que los separaba del soberano muerto. Se construyó un obelisco funerario, a manera de mausoleo del rey muerto, ornamentándolo con mármoles y alabastros “simulados”, festones y hojuelas de oro y plata, cortinados y fajas de luto de terciopelo negro y paño violeta. La corona y el cetro real coronaban el monumento que, en su base octogonal, presentaba una profusión de emblemas e inscripciones tales como los que decoraban el navío de la muerte “surgiendo de los abismos del Océano (...) y subiendo al seguro puerto del Cielo”:

¹⁰ Idem, p. 125.

“Da tumba para o Céu, a onda ergueu o barco
Que, há pouco, pereceu afundar-se nas ondas.

Da tumba para o céu o vento mau da sorte
Leva o rei, e seu barco alcança já o porto”

En toda la extensión de la Iglesia del Pilar, donde se celebró la ceremonia, se veían esqueletos pintados o esculpidos, algunos cubiertos por mantos de caballeros de la Orden de Cristo, otros portando coronas en la mano como señal de majestad. Lo sombrío y lo macabro contrastaba con el esplendor de la música, muy bien ejecutada, y con las luminarias, en las cuales se gastaron más de quince arrobas de cera; y el sermón del vicario recordaba que el rey estaba “difunto para nuestra *saudade*, vivo e inmortal en nuestra memoria”, dando lugar entonces, a que los súbditos ofreciesen los extremos de su dolor delante de la sombra fúnebre de su trono.¹¹

En las plazas, en las calles o incluso en la Iglesia matriz, se colgaban dísticos en ribetes o carteles que recordaban lo efímero de la vida y la fatuidad de la gloria terrena: “¿La vida humana? es viento, flor, fábula, brillo, hábito, ceniza, soplo, polvo y sombra; nada”. El destino del rey afectaba el destino de los súbditos: “¿Quién llora, Lísia? —el Rey. ¿Qué lamento es éste? —amargo. ¡Ay del reino! ¡Ay de Minas Gerais!”. El mausoleo, “fúnebre máquina”, encubría la grandeza real y expresaba la igualdad de todos ante la muerte, “que no distingue la humildad de la nobleza, el rey o el vasallo, el rico o el pobre”. Pero si la celebración de la muerte real hermanaba súbdito y soberano por un momento fugaz, inmediatamente cabía recordar que el rey muerto no afectaba la esencia de la autoridad:

“não choramos um rei desaparecido,
mas o vemos restituído ao céu.
O Augustíssimo Rei D. João V
Não perdeu seu Poder, nem a Coroa.
Agora reina
Mais soberanamente ainda sobre nós,
Pois reina no céu.
Conserva ainda sua coroa,
Pois a lança diante do trono de Dues”¹²

¹¹ Afonso Ávila, “As barroquissimas exequias de D. João V” in *O lúdico e as projeções do mundo barroco*, São Paulo, Perspectiva, 1971, pp. 187-196.

¹² Todas as citações em “Nas Reaes exequias de D. João V” Afonso Ávila, Op. Cit., pp. 279-282.

Días después, el 7 de enero de 1751, se realizó en Vila Rica el funeral del Don João V, en la misma iglesia del Pilar donde, cerca de dos décadas antes, se celebrara el Triunfo Eucarístico. La descripción que llegó hasta nosotros es muy detallada y permite visualizar el frontispicio de la iglesia adornado con “paños negros dispuestos con preciosos nudos y pliegues, hechos con admirable artificio de claroscuro” y rematado por “dos muertes con alas, sosteniendo en las manos un reloj de arena, también con alas, verdadera demostración de la volatilidad de la vida humana cuyo fin es la muerte”. Y la narrativa prosigue “en el medio cuerpo, o bastón de mármol, verdadero retrato del serenísimo rey Don João V, a cuyos lados se veían, también de mármol, dos estatuas con alas y clarines en la boca, en acción de tocarlos, que representaban la fama en gesto de publicar, de uno a otro polo del mundo, las glorias del propio serenísimo rey difunto”.¹³ Completando el conjunto, sobre la puerta pendía un gran faja con las armas reales de Portugal, en donde dísticos latinos exaltaban el reinado del Don João V, señor de Europa, África, Asia y América.

En el interior del templo, fajas y pinturas en blanco y negro recordaban la figura del rey y su muerte, y una profusión de emblemas y símbolos tematizaban los hechos reales y lo efímero de la vida: el tiempo, bajo la figura de un hombre corriendo con una hoz en la mano derecha y un reloj de arena en la izquierda; aves fénix que renacían de las cenizas; calaveras plateadas, con alas o coronas; esqueletos pintados en perspectiva, de madera, en tamaño natural, blancos, “cubiertos de fajas de luto negro”, en pie, sentados, trayendo hoces en la mano; había para todos los gustos.

El mausoleo fue encomendado al escultor y tallador Francisco Xavier de Brito, uno de los más importantes del siglo XVIII luso-brasileño: mausoleo “simulado”, ya que no abrigaba el cuerpo real, como “simulados” eran la lápida, los mármoles y las esculturas de niños llorando al rey muerto.

Las honras funerarias se prolongaron desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, “siendo más admirables por el lamento que por la grandeza”. Finaliza el documento: “ya que siendo uno el sepulcro, fueron muchos los altares que en los pechos fabricó la pena, en los que mejor se repitieron siempre los sacrificios de la *saudade*, sin que se puedan consumir en su fuego las memorias, que serán eternas por gloriosas”.¹⁴

¹³ “Breve descripción o fúnebre narración del suntuoso funeral y triste espectáculo que en Vila Rica de Ouro Preto, cabeza de todas las de Minas, celebró el Senado a la gloriosa memoria del serenísimo rey Don João quinto, asistiendo al mismo el oidor general y Senado el día 7 de enero de 1751”. Biblioteca Nacional de Lisboa, fls. 9.

¹⁴ Idem, fls. 26.

Conclusión

Las fiestas religiosas de 1733 a 1784 celebran la sociedad de Minas en su momento de apogeo, periodizándolo y señalando el comienzo de la caída aurífera. Cuando la crisis anunciaría tiempo de tensión social más intensa, la fiesta celebraba la conciliación y la armonía al poner en la calle, hombro a hombro, los diversos segmentos sociales. Por otro lado, sin separar lo social de lo religioso, la fiesta sugería que aquél era el orden no sólo por voluntad de los hombres, sino también por designio divino.

Las exequias, a su vez, celebran la monarquía en el momento en que la figura real se ve momentáneamente suprimida. En ese mundo mueren los reyes y los súbditos, pero eso no significa que sean iguales. Ambos tienen que sujetarse a Dios y aceptar el destino; sin embargo, la muerte del rey lo aproxima a los súbditos -sea por la dimensión humana común a unos y otros o por la vivencia del luto en la comunidad que neutraliza- por medio del ritual doloroso, la distancia física del monarca portugués, señor de un vasto imperio separado por océanos.

Rituales complejos, las fiestas honraron la majestad divina y la humana, las instituciones religiosas y las seculares, imprescindibles para la continuidad del poder en el interior agreste de la América Portuguesa. Pero las fiestas barrocas, fuesen de júbilo o de luto, se hicieron más frecuentes en el momento en que la sociedad de Minas se jerarquizó más rigidamente, haciendo menos probable el ingreso de hombre mestizos al Senado de la Cámara o a las Hermandades de élite. En una región de frontera abierta, las fiestas desempeñaron un papel central en la neutralización momentánea de conflictos y clivajes sociales al producir la ilusión, bien al gusto del barroco, de que la dura realidad era un buen sueño.